



Homilía en la Misa Jubilar de la Santa Faz. Milagro de la Lágrima

17 de marzo de 2019

El Señor nos concede la dicha de poder celebrar un día singular. Sin duda a lo largo de la historia, los Papas han reconocido este lugar sagrado como fuente de fe, esperanza y amor. Desde 1490, año de la Primera Bula, otorgada bajo el pontificado de Inocencio VIII, reconociendo el milagro de la lágrima y concediendo indulgencias, hasta el 2018, en el que Papa Francisco nos concede el Año Jubilar Perpetuo, aplicable siempre que el 17 de Marzo coincida con domingo, han pasado siglos de entonces ahora se ha consolidado una larga y fecunda historia de gracia y misericordia.

Historia que tiene su origen en un acontecimiento bien concreto que, especialmente hoy, celebramos, y conviene recordar: el viernes 17 de marzo de 1489, hoy hace 530 años, en medio de una pertinaz sequía, Mosén Pedro Mena, cura de St. Joan, propuso a los dos padres franciscanos que predicaban la Cuaresma en la parroquia de St. Joan una procesión de rogativa para suplicar precisamente la lluvia que era de tanta necesidad. En esa rogativa, a muy poco de comenzarla, acaeció el Milagro de la Lágrima de la Santa Faz de Jesús, impresa en una tela. Un acontecimiento que iba a ser origen de este Santuario y que iba a estar en la raíz, en la base de la enorme devoción que se ha consolidado durante siglos en nuestra querida tierra de Alicante y que se puede comprobar cada año en la Peregrina que atrae a miles de hijos de nuestra ciudad, y de otros lugares, hasta este templo, acercándose a contemplar y venerar la Santa Faz.

Vivimos esta conmemoración en pleno tiempo cuaresmal y ante la presencia excepcional de las reliquias de Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, traídas con motivo de esta celebración jubilar. La liturgia de este Segundo Domingo de Cuaresma nos ilumina de modo total. Así, hemos escuchado en el Evangelio de S. Lucas el relato de la Trasfiguración

del Señor: Estando en oración, la gloria de la Divinidad resplandeció en su rostro, en su Santa Faz, y sus vestidos “brillaron de resplandor”, anticipando la luz de la resurrección e irradiando presencia de Dios, como confirma la voz del Padre.

En Jesús encontramos cumplido el anhelo que, como el Salmista, todos tenemos: “Oigo en mi corazón: ‘Buscad mi rostro’. Tu rostro buscaré, Señor; no me escondas tu rostro” (Salmo 26, 8-9).

Fijando nuestros ojos en la Santa Faz de Jesús podemos conocerle, amarle y seguirle, encontrado, así, el camino luminoso de la felicidad.

Celebramos hoy, en el marco de este Año Jubilar y en su momento central, el aniversario de aquel 17 de marzo del que hemos hablado y desde el cual, en este lugar y ante el rostro del Señor, ante su Santa Faz, muchos han exclamado como S. Pedro hizo en la Transfiguración: “Maestro ¡qué bueno es que estemos aquí!” (Lc 9,33). Expresando nuestros sentimientos en una sencilla y sentida plegaria, desde entonces, por tres veces, repetida sin cesar: ¡Faz divina! ¡Misericordia!

Quisiera compartir, brevemente, el significado con el que podemos decir y orar cada una de las súplicas de esta triple invocación, que es fuente de fe, esperanza y amor.

La **primera vez** que decimos ¡Faz divina! ¡Misericordia!, es un **reconocimiento** de fe en el verdadero rostro de Dios: Dios es amor, Dios es misericordia. Y se nos muestra en la Santa Faz de Jesús, a quien el Padre nos pide que escuchemos.

Un día dijo Jesús a Felipe: “Quien me ha visto a mí ha visto al Padre” (Jn14, 8-9). Así lo reflejó el Papa Francisco al convocar el Jubileo de la Misericordia: “Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre”.

Esta misma expresión la vivió Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, declarada por el Papa san Juan Pablo II como “experta en la ciencia del amor”, Doctora de la Misericordia para todo el Pueblo de Dios. Ella escribió: “Mira a Jesús en su Faz... Allí verás cómo nos ama” (Cta 4 de abril de 1889).

Al invocar por **segunda vez, acogemos** la misericordia de Dios que nos transforma, como hemos escuchado en la segunda lectura, en S. Pablo. Entonces nuestra vida cotidiana se vuelve a llenar de luz.

Cuántos al llegar a este Santuario, oasis de paz, ante la Santa Faz recobran su esperanza para no desfallecer en los momentos oscuros de dolor y sufrimiento. Nuestras lágrimas son recogidas en la lágrima de la Santa Faz de Jesús que con su luz de la Transfiguración nos dispone a vivir el momento doloroso de la Pasión. El Rostro desfigurado en la Cruz, es anticipo de la alegría de la Resurrección y de una vida iluminada por el amor del Espíritu Santo.

Porque el amor de Dios nos cambia la vida cuando percibimos y experimentamos su misericordia en la escucha de la Palabra de Dios, la oración, la vida sacramental, y, sobre todo, en el sacramento de la reconciliación, abrazo del Padre “rico en misericordia” (Ef 2,4).

Pidamos al Señor, a su Santa Faz, una vida muy llena de confianza en el amor de Dios, que nos haga realmente abandonarnos a su misericordia, fuente de paz. Este fue el camino de confianza y amor que Santa Teresita vivió y que nos indica; y pidamos, por su intercesión, que, a través de esta confianza, recibamos la fuerza necesaria para dedicarnos, sin desanimarnos jamás, a amar y servir a todos.

Esto significa exclamar, por **tercera vez**, ¡Faz divina! ¡Misericordia!. Quien ha contemplado la Santa Faz y se ha dejado transformar por su amor, **contagia** e irradia su misericordia y perdón. Es la luz del Cuerpo de Cristo transfigurado que quiere llegar a la oscuridad de tantos sufrimientos a través de nuestras obras de misericordia.

Desde el corazón de la Iglesia, pedimos que la confianza y abandono en el amor del Señor nos lleven a la plenitud de la misión, de modo semejante a como la contemplación de la Palabra en el fondo de nuestro ser nos conduce a anunciar la misericordia de Dios. Esa es, en definitiva, la clave inspiradora de nuestra pastoral en estos años, reflejada en el Plan Diocesano, iluminado en su raíz por Papa Francisco en su “*Evangelii Gaudium*”: hacer del encuentro y la comunión con el Señor la fuerza transformadora de nuestras personas y de nuestra Iglesia para ser servicio y misión en el presente de esta tierra.

Así lo vivió Santa Teresita, virgen consagrada en el Carmelo, en vida de contemplación y patrona de las misiones, que contagiada por la sed de amor de Jesús deseaba: “Recorrer la tierra (...). Anunciar el Evangelio en las cinco partes del mundo”. Hagamos nuestra la misión de Santa Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz: amar juntos a Jesús y hacerle amar.

Hermanos: dentro de unos momentos, en la Eucaristía, no ya el rostro, sino la plenitud de Jesús, va a estar con la comunión realmente dentro de nosotros. Démosle gracias por el don y el regalo que para nuestra tierra, para nuestra Iglesia, ha significado y significa la Santa Faz: memoria, reliquia, recuerdo singular de su amor, de su Pasión en la que entregó su vida por todos y cada uno de nosotros. No nos detengamos en circunstancias históricas pasajeras, cuidemos y transmitamos lo fundamental: avivar la fe en el Señor, acoger su misericordia y dedicarnos a amar y servir en estos tiempos de tanta necesidad. Así se nos conceda. Así sea.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.